

---

# La política exterior de Cuba en el actual contexto internacional\*

*Roberto Robaina\*\**

Al más insigne Canciller que ha tenido Cuba, el doctor Raúl Roa García, le preguntaron cierta vez sobre su trabajo en las Relaciones Exteriores y él respondió: “Yo nunca he sido un diplomático de carrera, sino un diplomático a la carrera”.

Al Canciller de la Dignidad —como conocemos los cubanos a Roa— y cuyo nombre honra al Instituto Superior de Relaciones Internacionales de la Habana, lo evoco en esta sala para señalar que un ministro puede decidirse en un par de días, pero una política exterior no, porque ésta es el resultado, sobre todo, de una larga experiencia histórica.

Siete meses atrás, si me hubiese imaginado como invitado en vuestro prestigioso Instituto, habría preparado una intervención para hablarles sobre los jóvenes de Cuba, su trabajo, sus sueños, sus preocupaciones. Les habría contado de cómo vivimos, luchamos y amamos los representantes de una generación de cubanos que creció y maduró dentro de la imperfecta y de ahí real maravillosa obra que edificamos.

De ninguna manera me hubiese visto en la, aún hoy ardua tarea, de tratar de explicarles la quizás más inexplicable asignatura de nuestros días: las relaciones internacionales.

Siete meses atrás, sin embargo, tenía una visión del mundo en que vivimos similar a la que tengo hoy, la que quiero referirles de la manera más breve posible, soslayando reflexiones detalladas, de las cuales me exonera la cultura política de los aquí presentes.

Traigo también el mensaje de mi país, de esa Cuba pequeña y grande que hoy se debate entre el presente y el futuro, y a la cual me debo, más que como Canciller, como cubano revolucionario que soy.

---

\* Conferencia magistral sustentada en el auditorio Alfonso García Robles de la Cancillería, el 4 de noviembre de 1993.

\*\* Ministro de Relaciones Exteriores de Cuba.

---

En pocos meses hemos asistido a un viraje tan radical del mundo que hasta los fabricantes de mapas se ven obligados a imprimir y reimprimir constantemente nuevos trazos de fronteras. No sólo envejecen los textos que pretenden explicar un fenómeno mucho antes de ser llevados a la imprenta, sino que los cambios superan incluso nuestra capacidad para asimilarlos.

Los especialistas se dan prisa para interpretar, evaluar y diagnosticar lo que sucede y apenas hay tiempo en las cancillerías del planeta para ordenar las informaciones que llegan, cuando ya pierden su actualidad, al ser sustituidas y superpuestas por otras más frescas que desplazan radicalmente la apreciación anterior.

Analistas y diplomáticos, estudiosos y ejecutores de política se ven presionados a dar respuestas a sus gobiernos sobre hechos cuya evolución es imprevisible. Nadie en su sano juicio puede tener en las condiciones actuales una sola opción en la manga de la camisa, porque ya no basta tener la información oportuna y rápida, es necesario, además, que sea precisa y diáfana.

Naturalmente encontramos situaciones positivas en estos análisis: comienzan a solucionarse algunos conflictos regionales, entre los cuales podrían citarse el caso de Sudáfrica y el reciente acuerdo palestino-israelí. Cada día se abre paso una mayor conciencia ecológica y la concepción del desarrollo sostenible se maneja con mayor frecuencia. Son pasos útiles aunque, a todas luces, insuficientes en el panorama mundial.

Se anuncia con deslumbrantes luces de neón la llegada de un nuevo orden internacional, mientras a su sombra se violan los fundamentos de la soberanía y de la autodeterminación de los pueblos pequeños, toda vez que está fuera de sospecha o discusión la pureza de la democracia establecida en las potencias.

La fórmula es tan simple como tan vieja: amigos y aliados son respetuosos de lo humano aunque cometan atrocidades; los otros, aunque tengan un halo divino sobre sus cabezas, son irrespetuosos e inhumanos.

Podrán prostituirse a los niños, masacrarse poblaciones, asaltar parlamentos, asesinar o secuestrar presidentes, arrasar templos, incentivar la xenofobia, venderse órganos humanos a buen precio en sus propios mercados, que todo está *okey*, si se tiene una buena alianza con el juez supremo.

Se proclama el triunfo de las leyes del mercado, pero sólo siete países poseen la mitad del Producto Interno Bruto Mundial, mientras el otro 50% está disperso en poco más o menos ciento ochenta Estados.

El mundo de hoy está tan pobre que ya la palabra pobreza no alcanza a definirlo. Si consultamos cualquier estadística confirmaremos la aparición de un nuevo adjetivo calificativo: extrema pobreza, y ni así será posible clasificar a los millones de humanos que sobreviven hoy por debajo del índice de la miseria.

Nos explotan con la misma intensidad con que nos estudian. Con el presupuesto que se gasta para financiar un proyecto de estudio sobre el hambre en el mundo, se alimentarían cientos y cientos de miles de estómagos.

No basta con comprender la pobreza, ni siquiera con ponerse al lado de los pobres de manera demagógica para citarlos en los discursos de los altos mandatarios. Es necesario dar pan al hambre, curar al enfermo, paz a la guerra, derecho al marginado; en fin, vida a la muerte.

Como consecuencia de la desaparición de una superpotencia, no ha sido alcanzada la paz, y frágiles son las soluciones que aparecen en un aire cada vez más enrarecido.

Insensato resulta también aceptar como paz la de los sepulcros, aquella que sólo nos sirve para perpetuar nuestro subdesarrollo, así como la desigualdad, la discriminación y la dependencia en las relaciones internacionales.

Existe hoy una tendencia tangible de subordinar el aparato multilateral de las Naciones Unidas a la tarca de policía del mundo en el desarrollo. Hay nuevos fantasmas que no tienen nada que ver con el comunismo que, a juicio de las potencias, amenazan desde el Sur la estabilidad y el orden internacional. El llamado integrismo islámico y otros reavivamientos o resurgimientos religiosos, étnicos o nacionalistas, se transforman en pretextos para nuevas formas o variantes de intervencionismo de corte neocolonial.

Se está, amigos, buscando un nuevo malo en el Sur y surgen nuevos focos de conflicto que mantienen el alto grado de militarización y derroche armamentista. Ni un solo paso se da para paliar la dramática situación que viven pueblos enteros de África, Asia y América Latina.

El mundo tiende a agruparse. Los pasos de integración se están dando porque los pueblos comprenden la urgente necesidad de juntarse.

La integración de los países de América Latina y el Caribe no es sólo una necesidad sino una urgencia para sobrevivir.

La posguerra fría debe encontrarnos en un amplio diálogo, en la búsqueda de soluciones pacíficas a todos los diferendos internacionales, pero sin imposiciones, sin estereotipos ideológicos que precisamente presidieron esa etapa que ahora se pretende dar por concluida.

No revelo ningún secreto si les afirmo que Cuba es el único tema geopolítico que ha sobrevivido a la guerra fría en este hemisferio. En la percepción de algunos se trata de un problema a resolver a corto plazo, pues para ellos el proyecto cubano está viviendo sus días finales.

Este fenómeno de las fechas de defunción y la vocación de sepultureros de ciertos profetas trasnochados es tan viejo como la revolución misma, y merece poco menos que nuestra lástima. ¡Pobre del embustero que termina

por creerse sus propias mentiras, pero qué decir de quien, por imposición o ignorancia, se traga sin agua todos los embustes!

La triste realidad es que hoy la guerra es de imágenes. Incluso las contiendas bélicas verdaderas, donde se mata y se masaca, son manipuladas para que no nos alteren el sistema nervioso, mientras las vemos cómodamente sentados desde las salas de nuestras casas.

De modo que ahora el futuro de Cuba no se decide siquiera en una playa invadida, sino en esa batalla publicitaria, en el combate por corazones y mentes.

Tecnología moderna, lo otro es historia antigua. Y me voy a trasladar al Canciller Roa, a una de sus intervenciones en la Comisión Política y de Seguridad de las Naciones Unidas, el 18 de abril de 1961, cuando en las arenas de Playa Girón nuestro pueblo enfrentaba la invasión mercenaria:

¿Ha olvidado también el señor Stevenson lo que ocurrió con México hace pocos años? ¿Qué dijo el secretario Kellogg de México en la década del 30? Dijo que México estaba bajo proceso ante el mundo. ¿Por qué? Porque México había hecho una revolución agraria, porque había afectado intereses norteamericanos, y porque se proponía nacionalizar su subsuelo, fundamentalmente sus ricos mantos de petróleo. Por aspirar México al disfrute de sus propios recursos, estaba bajo proceso ante el mundo.

México fue aislado política, económica y diplomáticamente; fue agredido directa e indirectamente. ¿Qué se dijo de Pancho Villa? Se dijo que era un bandido... ¿Qué se dijo de Zapata, el héroe de la lucha por la libertad y la tierra en México? Se dijo que era un bandido. ¿Qué se dijo de Madero, el gran apóstol de la Revolución Mexicana en su fase inicial? Se dijo que era un ser débil, romántico y estúpido, y así mismo, que estaba bien muerto, sin contar con que el embajador, Lane Wilson, participó en su asesinato. Todo eso pertenece al dominio de la historia. De todo eso, estamos los latinoamericanos muy bien enterados.

Y la historia se repite. La imagen que hoy venden las grandes transnacionales de la información sobre Cuba, es la de un país en descomposición. Se da a entender que todo nuestro pueblo padece epidemias por carencias vitamínicas y que el gobierno pide a la gente que coma semillas, flores y hojas vegetales. En realidad, una sugerencia de dieta fue convertida en indicio de tragedia por hábiles expertos en creación de imagen pública.

Las modernas técnicas de publicidad convierten interpretaciones en hechos de primera plana, libres de sospecha, mientras los hechos reales son letra pequeña de última página.

Sucede desgraciadamente que esa imagen externa sobre Cuba, prefabricada por los expertos de la publicidad, pesa a veces más que los propios argumentos diplomáticos.

¿Cuál es entonces la realidad? En más de un foro internacional hemos dicho que Cuba está muy lejos de ser el infierno que nos pintan, pero tampoco es el paraíso que quisiéramos ser. Es más, afirmamos que son dañinos ambos extremos: tanto el que nos condena como el que nos idealiza.

En la disyuntiva de explicar al mundo nuestra realidad trabaja hoy nuestra política exterior. Lo menos que podemos exigir es respeto y que nos juzguen sin distorsiones. Medir a Cuba a partir de parámetros ajenos a nuestra historia, a nuestras tradiciones, a nuestra idiosincrasia, a nuestro contexto geográfico, es como querer vestir a Tarzán de cosmonauta.

Grandes son hoy las dificultades por las que atraviesa nuestro pueblo. A la desaparición del campo socialista, con el cual realizábamos más de 80% de nuestro comercio, se suma el recrudecimiento hasta lo brutal del bloqueo económico, comercial y financiero a que estamos sometidos. Tampoco negamos nuestros errores, que en su momento comenzamos a rectificar.

Sin embargo, y debo decirlo con toda claridad, Cuba no va abandonar las conquistas alcanzadas por su proyecto social. No se trata de un capricho, de ser testarudos, inflexibles, dogmáticos u ortodoxos. Se trata de que es ése el destino que desde hace más de treinta años escogió nuestro pueblo y, aún hoy, a pesar de las dificultades, la abrumadora mayoría de los cubanos vota por él.

Nos piden cambios y el mayor lo hicimos hace 34 años; desde entonces no hemos dejado de cambiar y lo continuaremos haciendo, a la cubana y de la forma que mejor conviene al país. En la actualidad estamos enfrascados en un complejo proceso de profundas transformaciones económicas para insertarnos en el mundo de hoy y salir de nuestros severos problemas económicos.

Muchos se preocupan por saber cuándo termina el periodo especial en Cuba, nosotros nos preguntamos: ¿Y el de América Latina, África y Asia, que ya tiene varios siglos, no preocupa a nadie?

Más que comprensión, pedimos respeto a nuestro derecho a trabajar en paz. Como resultado de nuestras dificultades, agravadas por el bloqueo norteamericano, los espacios de maniobra para Cuba en el terreno económico son cada vez más limitados, y cada paso encuentra obstáculos mayúsculos que debemos sortear con imaginación y una buena dosis de inteligencia y audacia.

Pensamos que la soberanía, la independencia nacional y la dignidad ciudadana no han pasado de moda y no son por tanto negociables. Mantendremos firme una política exterior que sustente la igualdad soberana de todos los Estados, grandes o pequeños, poderosos o débiles, y el sagrado principio de la no intervención en los asuntos internos de otros pueblos. Somos flexibles, con capacidad de adecuarnos a situaciones cambiantes, y lo hemos demostrado a lo largo de estas tres décadas.

Nuestra política da prioridad al llamado a la conciencia mundial para hacer comprender lo inútil, injusto y brutal del bloqueo económico, comercial y financiero que se ejerce contra Cuba.

En la arena internacional, sin distinciones, estamos dispuestos, y lo hemos demostrado, a conversar lo conversable.

No podemos olvidar que miles de cubanos residen fuera del país. No hemos renunciado a quienes nos respetan dentro de la comunidad cubana en el exterior, del mismo modo que ellos no han renunciado a Cuba.

En los foros internacionales, otra prioridad nuestra está dada en los esfuerzos que debemos hacer todos por la democratización de las Naciones Unidas y su Consejo de Seguridad, aspectos sobre los cuales fui extenso durante mi intervención en el XLVIII Período de Sesiones.

Trabajamos sin descanso por conservar, ampliar y reforzar los vínculos con todos los países del mundo y de modo muy particular con los pueblos del Sur y con nuestros hermanos latinoamericanos de cuyo seno fuimos arrancados artificialmente y hoy vamos retornando de manera paulatina.

Desde México, que nunca se plegó a las presiones norteamericanas en la OEA, hasta Colombia, que acaba de reanudar sus vínculos diplomáticos, hemos ido ganando reconocimiento y respeto por nuestros hermanos de cultura, historia común y anhelos semejantes.

Nuestra política exterior sigue viendo al Movimiento de Países No Alineados como un instrumento adecuado para canalizar las aspiraciones de los pueblos del Sur. Su unidad y fortaleza podrían contribuir a las negociaciones entre el Norte y el Sur.

Mi país, amigos mexicanos, por duras y difíciles que sean las circunstancias por las que atraviese, no olvidará, sin afanes protagónicos de ninguna especie, sus claros, insoslayables y firmes deberes internacionales.

Para no abusar de vuestra paciencia, quiero terminar remitiéndome al prólogo de un libro que recientemente me obsequiaron unos amigos europeos, quienes durante varias semanas constataron nuestra verdad allí donde hoy se vive y se lucha:

Los bloquean con insistencia, y ellos bajan los índices de mortalidad infantil, los acosan con difamaciones y ellos aumentan la esperanza de vida; se quedan sin combustible y aparecen con 700 000 bicicletas, se extiende el cólera como mal endémico en la zona y ellos, que no lo padecen, gastan recursos en investigar su vacuna y exportan 1 250 000 unidades de la vacuna para la hepatitis B a Colombia, se callan los tractores y aparecen 11 000 yuntas de bueyes en la Provincia de La Habana; aprueban la Ley Torricelli y ellos racionan el consumo interno de azúcar porque les falta para vender fuera y obtener divisas; cuando todos les acusan de autoritarismo, ellos convocan a los ciudadanos a discutirlo todo y participan más de tres millones de personas; cuando intentan que se pierda hasta su recuerdo ellos multiplican solidaridad hasta el infinito.

Ése es hoy mi país.